

en *Residencia en la Tierra*, y en la cual su expresión es sibilina y arre-molinada, y 49) el de sus *Odas Elementales*, que se caracterizan por el retorno a la claridad primitiva, acorde con las necesidades partidistas que él sirve líricamente.

Además, en su deseo de no desaprovechar ningún camino que arribe a la poética en cuestión, Raúl Silva Castro recurre a la dialéctica hegeliana en la siguiente forma: Tesis: el amor individualista de *Crepusculario* y de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; antítesis: el odio que estalla en *España en el corazón* y en *Canto General*, y síntesis: la serena simplicidad de sus *Odas Elementales*.

El crítico analiza por orden de aparición los libros de Pablo Neruda, reconociéndole sus poderes mágicos, pero a la vez anotando inconsecuencias lógicas que, según él, exceden los derechos de la licencia propia de los poetas. Por esta vía, el libro en algunos pasajes constituye una verdadera polémica entre la sensibilidad de uno y el racionalismo del otro. Luego, al establecer las *constantes* de la poesía nerudiana, el crítico anota tres: la lluvia del sur de Chile, la soledad del Oriente, y su conversión a la fe comunista.

Raúl Silva Castro ha conseguido en este libro la unidad de antecedentes para justipreciar la vida del poeta, la historia de sus libros, y los rasgos salientes de su poesía. El trabajo de acarreo de materiales es aquí digno de toda alabanza. Lo que antes estaba disperso, a veces en sitios inaccesibles, helo ahora en un solo volumen y puesto en orden. El crítico, aparte de exponer su propio criterio sobre cada una de las etapas de la evolución de la poesía nerudiana, expone juicios ajenos, entre los cuales sobresale el siguiente formulado por el autor español Amado Alonso: "Rey Midas al revés", "a Pablo Neruda cada cosa que toca se le descarrila, se le deshace en polvo, porque la toca en su incesante raíz de destrucción".

Es perfectamente posible que en un tema tan misterioso como es el de la poesía en sí, y particularmente la poesía proteica de Pablo Neruda, las conclusiones de Raúl Silva Castro se presten a polémica. No sería injusto acusarlo de excesivamente formalista, esto es, de celoso guardián del idioma, a quien a veces se le escapa el fondo, propiamente, de la materia de estudio. Pero lo que de este libro resulta indiscutible, es su utilidad práctica para seguirle la pista al poeta y ayudar a acercarse a su poesía, hoy de tanta resonancia y tan rica en altibajos.

EDMUNDO CONCHA

JORGE DÉLANO (COKE): *BOTICA DE TURNIO*. Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1964, 219 páginas. Ilustraciones del autor. Biblioteca de Novelistas.

Suele, Jorge Délano, levantar su tablado como un titiritero. Los hilos son asaz visibles y soportamos que se nos escamoteen muy pronto las fi-

guras. El lector de *Botica de turno* participa activamente de esa suerte de engaño a los ojos que significa el hacer visible y nuevo el pasado.

La carátula ostenta, a manera de atadura nostálgica, el índice levantado de la mano derecha de Ben Turpin; así nos regresa a una época inmovilizada, despojándola de su preteridad mediante el hoy, reconquistado a fuerza de evocaciones.

*Botica de turno* no es un volumen unitario, sino una acumulación de anécdotas, dispares en calidad y en profundidad; por momentos, hay matices resurreccionales, culto a la absurdidad, indagaciones parapsicológicas. Oscila, el libro de Jorge Délano, entre la fantasmagoría y la vulgaridad, sin gradaciones ni paradas intermedias.

Nos hace sentirnos apócrifos en el hoy, cuando nos ingresa —en el impulso retrospectivo de la página 48— a la atmósfera antañona de la hora del té, en el viejo y ya desaparecido “Gath y Cháves”, pariente del Maple argentino (cuya inmortalidad se asegura en un tango nada orillero: “piso que puso Maple / piano, estera y velador”). Cobra vida el episodio, como si alguien pusiera en movimiento la manivela del cine suburbano: muchachas peinadas a la “garçon”, con boquillas distanciadoras y agresivas —deliciosamente cursis—, que siguen los compases de “Té para dos”, marcados por la orquesta del maestro Carvajal.

Vivas páginas nos tornan a las peripecias del cine chileno, al recuerdo de los actores. La anécdota circula empañada por una fina emoción de buena ley.

Más adelante nos sirve, de unas botellas herméticas, brebaje de ectoplasmas; el lector puede asomarse a un mundo secreto en las páginas de “El umbral del misterio” (106 a 135).

Decae, notoriamente, *Botica de turno*, cuando el autor trata, a su manera, de revivir los sueños infernales de Francisco de Quevedo. Episodios como los que Délano perpetra en torno a la visita que Monna Lisa efectúa a Nueva York (pp. 100-105), sucesos descabellados de “Un yanqui en la vía láctea” (que nos hacen rememorar al Mark Twain de “Un yanqui en la corte del Rey Arturo”), son bastante prescindibles y no es menor la intrascendencia que la majadería, ni siquiera sistematizada de ellos.

En suma: cuando Jorge Délano manipula sus ingredientes y los mezcla en el terreno de la evocación desinteresada, entretiene, establece una vinculación con el lector; cuando le tienta el demonio de la fácil profecía, agriéndole la sátira, o le aísla del lector un afán disparatado por tornarse grave, no son pocos los deseos de cerrar la ardua *Botica de turno*, no sin antes haber cogido una piedra, dejando la completa seguridad de que le será arrojada, sin dilaciones, al ojo del boticario benturpinesco.

ALFONSO CALDERÓN